

El guacamayo violáceo, el primero que se nos fue



guacamayo violáceo
(Anodorhynchus glaucus)

Ilustración antigua
Gentileza de
Claudio Bertonatti

Desde la primera reunión de la entonces Sociedad Ornitológica del Plata en 1916 se han descubierto muchas especies de aves. Era de esperar ante el progresivo incremento de sus miembros, el avance del conocimiento y las nuevas herramientas para generarlo. No era tan imaginable la extinción de otras y en esta región del mundo.

La Guerra Guazú, Guerra Grande o de la Triple Alianza (1864-1870) dejó cerca de medio millón de muertos en enfrentamientos terrestres y navales. De hecho, la mayor batalla naval de América ocurrió frente a la ciudad de Corrientes (Batalla del Riachuelo, 11 de junio de 1865). Las consecuencias sociales, económicas y ambientales perduraron y dejaron un Paraguay devastado. La mayor contienda bélica de la historia sudamericana también impactó en su naturaleza. No escapó a ella el guacamayo violáceo, cuyas poblaciones compartían pacíficamente los mismos países que se enfrentaron: Uruguay, Brasil, Paraguay y Argentina. El mapa de la distribución geográfica de este psitácido se solapó con el de la guerra y su abundancia experimentó un "antes y después" de la misma.

Las primeras noticias escritas sobre el "guaá hovy" (como lo llamaron los guaraníes) las plasmó el jesuita Francisco José Sánchez Labrador a mediados del 1700. Comentó su mantenimiento como mascota en la Reducción de "La Concepción de Nuestra Señora". Por entonces, él decía que había "muchísimas de estas aves en los bosques de la orilla oriental del río Uruguay". Cincuenta años más tarde (1827), el célebre naturalista francés Alcides D' Orbigny lo halló y colectó en el noroeste de Corrientes, en la ribera del río Paraná y cerca de los ríos y esteros de Itaibaté y de Santa Lucía (no muy lejos del actual Parque Nacional Mburucuyá). Apuntó que "a todo el largo de la barranca se veían diseminadas yuntas de guacamayos color verde glauco (...) esta bella especie de ara azul que los guaraníes nombran araracá". En 1860 su colega y compatriota Martin de Moussy publicó lo observado unos pocos años antes: "La provincia de Corrientes posee otro guacamayo más pequeño, pero de cola larga como los precedentes, que vive principalmente en los bosques de palmeras donde se alimenta de la fruta de yatay: su color es violeta". Después de todos estos comentarios, sobrevino la Guerra. Veinticinco años después de finalizada (1895) la suerte había cambiado. Eduardo L. Holmberg la consideró ya una especie muy rara. Las poblaciones de este animal despidieron el siglo XIX enrarecidas, ya para desvanecerse por completo en el próximo. Darwin había profetizado algo genérico y contundente sobre esto: "la rareza precede a la extinción".

Durante el siglo XX la mayoría de los datos sobre el paradero de estas aves son escasos, imprecisos o dudosos. Aunque parezca increíble, todavía llegamos a tiempo para rescatar unos pocos testimonios que corrían peligro de extinguirse también.

En esta tarea casi detectivesca quedaron unos pocos testigos que pudieron sumar sus referencias sobre los últimos momentos de los últimos guacamayos en Argentina. Entre ellos, Julio R. Contreras Roqué y Antonio Chacón, dos personajes contemporáneos y antagónicos, pero que tienen un punto de encuentro aquí desde su pasión por las aves. Contreras es uno de los máximos referentes de la zoología nacional e historiador de la ciencia. En un encuentro realizado amplió datos sobre una observación realizada por su tío, don Félix por 1915. Él vio unas po-

por Claudio Bertonatti

cas parejas de guacamayo violáceo entre los bosques y palmares cercanos a la costa del Riachuelo, en las afueras del sur de la capital de Corrientes. Esas tierras formaban parte de su estancia "Coé Porá". Por esas casualidades o causalidades, muchos años más tarde su sobrino, Julio R. Contreras Roqué, dirigió el Centro Argentino de Primatología, actual Estación Biológica Corrientes, que depende del Museo Argentino de Ciencias Naturales y del Conicet. Esta institución conserva los montes del área donde se vieron aquellos guacamayos. En la misma región, Julio R. Contreras reunió comentarios de ancianos vecinos de Las Lomas que recordaban haber visto alguno en las afueras de la ciudad de Corrientes en las décadas de 1910 y 1920. Hacia 1930, el poblador local don Floro Ramírez observó una pareja nidificando en un antiguo timbó ubicado ocho kilómetros al noreste de esa capital.

Antonio Chacón es el más versado criador de psitácidos del país, cabal conocedor de estas aves. También es dueño de la más variada colección de este grupo e importante exportador, roles que ciertamente no estuvieron ajenos a conflictos ni a cuestionamientos. Sin embargo, es justo rescatar los datos que supo reunir, inéditos hasta hoy, en el oeste y norte correntino, sobre o cerca del río Paraná. En 1967 supo de unos pocos ejemplares aislados o escasas parejas en los palmares de yatay del arroyo Batel, cerca de Tala (este de Goya). Un año más tarde, en la desembocadura del Garapé, donde Carbone, un viejo "cazador" de loros de Ramada Paso, lo refería como presente allí e incluso lo llamaba "falso Jacinto". Por 1984-1985, un pescador deportivo le dijo haber visto "dos loros grandes azules o violetas", llamativos "por los gritos" sobre un árbol, en el río Itá Ibaté. Estos serían los últimos guacamayos registrados, posteriores a la cita de Raúl Vaz-Ferreyra (1950, a ocho kms al sur de Bella Unión, en el noroeste uruguayo), asumida como último avistaje de la especie.

Hubo varios viajes y expediciones de ornitólogos buscando estas aves en el norte argentino y en el sudoeste de Paraguay y Brasil desde la década de 1990. Algunas recogieron datos de pobladores locales que decían haber visto ejemplares hasta 1932. Pese a todo, cada tanto resucitan datos antiguos y versiones sobre su posible supervivencia en parajes recónditos en las selvas del este de Paraguay o en el Chaco boliviano.



guacamayo violáceo
(Anodorhynchus glaucus)
Aldo Chiappe

Ahora se sigue analizando si nuestro guacamayo violáceo conformaba una única "superespecie" junto con las poblaciones del guacamayo de Lear del nordeste de Brasil. Se postula que ambas estaban en proceso de especiación, sin llegar a diferenciarse totalmente cuando llegó la extinción.

Tal vez, para el próximo centenario de Aves Argentinas otro escriba sobre la reintroducción de nuestros guacamayos extintos o bien sobre nuevas esperanzas para la conservación de nuestra biodiversidad.

Bertonatti, C. (2016). El guacamayo violáceo, el primero que se nos fue. En: Aves Argentinas. (2016). 100 años: 20-21. Aves Argentinas, Buenos Aires.



100 AÑOS

AVES ARGENTINAS